

El Hombre Invisible

DESPUES de desechar como lugar de encuentro los más conocidos cafés, el poeta Efraín Barquero propone el restaurant Lancelot como reunión para la entrevista. No resulta una casualidad.

Plantado en pleno Providencia, al lado de las Torres de Tamar, el Lancelot parece un lugar invisible, como esas fuentes de soda de campo, oscuras, con manteles de color y carpeta blanca, la televisión encendida y alguna persona barriendo el piso. Un lugar que se toma sus pausas, sobrio, austero, silencioso.

Como el poeta Barquero, que tan bien ha jugado su papel de hombre invisible durante las últimas décadas, que cuando los jóvenes poetas de ingeniería de la Universidad de Chile lo invitaron a su facultad hablaron de él como si fuera un mito, como sin tener la certeza de que estuviera vivo. "Yo vivo siempre muy ausente y parece que eso me gustara. Es mi carácter, mi origen campesino; tengo cierto pudor a mostrarme, a no caer en exhibicionismos de ninguna especie".

Autor de "Enjambre", "La piedra del pueblo", "El pan del hombre" y "El viento de los Reinos", por nombrar algunos, acaba de recibir el premio Municipal de Literatura por su último poemario, "La mesa de la tierra", publicado hace un par de meses por Lom ediciones.

Con un rostro mezcla de judío y vasco, como lo describió su amigo el escritor Jaime Valdivieso, aún no abandona su antigua costumbre de usar boina, que lo hizo característico en los '50, cuando con sus compañeros de generación, Jorge Teillier, Alberto

• Aunque es un reconocido poeta desde la década del cincuenta, algunos han dudado que Efraín Barquero sea un gran mito o un ser viviente. No sólo porque estuvo ausente del país por más de veinte años, sino porque él, por su carácter "sobrio y de origen campesino", evita los exhibicionismos. Ahora su presencia ha sido más necesaria porque acaba de obtener el Premio Municipal de Literatura por la mejor obra poética publicada en 1998: "La Mesa de la Tierra".

Rubio y Enrique Lihn, partían desde su pensión de Independencia hacia los cafés del centro a conversar toda la noche.

Desde los diez años que no ha parado de escribirle a la tierra, al campo, a las mujeres, a la familia, al origen de la vida, a la muerte y, sobre todo, a sus recuerdos de infancia, "mi realidad aludida", como él llama,

—¿Por qué esos recuerdos le resultan tan importantes?

—Es lo que da el material para escribir; son historias que viven fisiológicamente conmigo, que ya están en mi sangre, pertenecen a mi cuerpo.

—¿Dónde parten esas primeras impresiones?

—En Piedra Blanca, una pequeña aldea de campesinos cerca de Curicó; mis familiares eran campesinos por largas generaciones. Pasé toda mi infancia con un grupo de tías solteras, las mujeres de oscuro que yo digo, en una construcción de barro, con una cocina hollinada, humosa, que siempre se quedó en mi mente.

—Recuerdos únicos.

—Especialmente en el invierno, un fogón siempre encendido y el sonido del agua eternamente hirviendo. Pasaba muchas horas del día ahí, mirando cómo mi tía Berta, mi favorita, cocinaba los alimentos, los guisos chilenos que se han perdido: charquicanes, ajiajos, carbonadas, con verduras frescas.

—¿Por qué lo marcó tanto?

—Tal vez por la fecundidad de la tierra. Siempre pensé con terror qué pasaría si la tierra no germinara más. Que su muerte de invierno durara eternamente, siempre me planteé ese problema, y eso me hizo estar preparado para captar el gran misterio de la muerte y más aún el origen del hombre, las plantas, de todas las cosas.

—¿Por qué recién ahora, después de tantos libros, titula "La mesa de la tierra"?

—Ya lo menciono en "El regreso"; es que la mesa tiene para mí una gran carga de

poesía. En mi casa, antes de llegar los invitados, la miraba: brillante, reluciente, blanca, perfecta, y cuando ya estaba servida me gustaba salir al patio para observarla a través de la ventana. Como hijo único me invitaban a sentarme y, al pararme, me gustaba ver mi puesto vacío. Eso quizás fue una especie de premonición: mi ausencia de Chile por tanto tiempo.

En 1971

partió como agregado cultural a Colombia, pasó 25 años de exilio en Francia y hace seis meses decidió regresar. "Creo que uno se forja el destino, pero hay algo que guía sin razón, uno sigue un camino".

—¿Cómo ha sido la vuelta?

—Tengo la sensación de que aún estoy de viaje. Me ha tocado vivir

cosas especiales en este tiempo. Llegué a un departamento en que vivió un estafador, y en seis meses me han allanado tres veces; además vivo en una calle un tanto nefasta. Desde la ventana indiscreta veo varias lacras chilenas, delincuencia, pero me gusta que haya pasado todo eso.

(Continúa en la página A 10)

